

# El "Lector" de Historietas

por Sebastián Salazar Bondy

He viajado en el colectivo al lado de un individuo cuyo aspecto y vestimenta eran las de un empleado en situación económica decorosa, tal vez ligeramente culto, quizá perteneciente a ese sector de la clase media que ostenta un regular pasar. Todo el tiempo, mi vecino ha estado enfrascado en la lectura ávida de un texto cuyo carácter y contenido no corresponden en absoluto al grado de instrucción y sensibilidad que es propio de tal clase. ¿Qué concitaba la atención de este buen ciudadano? ¿Un diario? ¿Una publicación ilustrada? ¿Una novela o un libro sobre problemas vigentes? Infortunadamente, no. Su espíritu se hallaba embargado por una revista de historietas. De reojo, al primer vistazo, me di cuenta de qué se trataba: viajes interplanetarios.

No está mal, de ninguna manera, que la gente se sienta ganada por la fiebre contemporánea de la conquista del espacio. Por el contrario, se trata de un interés muy característico de la época. Yo mismo, que suelo no ser un apasionado por la ciencia, he devorado algunos libros cuya ficción se nutría de la posibilidad actualísima de conquistar y hasta habitar el espacio sideral. Pero mi compañero de colectivo no tenía en sus manos y ante sus ojos un texto que le sirviera de ilustración o entretenimiento más o menos educativo. Consistía su lectura en la visión de una serie de cuadros —cuya calidad estética no es siquiera mediocre—, a través de los cuales se desarrolla una anécdota ingenua, si no vacua. Demás está decir que el conflicto de la aventura narrada no habrá suscitado en él ninguna interrogación honda y vital.

Día a día se difunde más este tipo de —¿cómo llamarla?— "literatura", y aparte del problema que los sociólogos norteamericanos han denunciado que importa como germen del cada día mayor incremento de la delincuencia juvenil, el fenómeno entraña un hecho de más peligrosa envergadura: la reducción paulatina de los instrumentos intelectuales, de la función de pensar, de la espiritualidad. Un señor que vive rendido a sus duras tareas cotidianas, que gana su salario con esfuerzo y energía extraordinaria, debiera buscar el reposo por una vía más rica. Qué duda cabe de que ese hombre tiene derecho de anhelar una evasión, mas es lógico exigirle que la escapatoria ocurra por conductos menos superficiales y baladíos. No le pediremos que, luego de sus tareas, se en-

tregue a los estudios superiores, o a la música dodecafónica, o a la pintura abstracta, pero sí que acuda a una buena novela o vea un buen drama en el cine o en el teatro, porque las historietas concluirán por reducirle a su mínima expresión los órganos del discurso, del raciocinio, de la vida interior, tal como se los afectaría una droga de impacto mental.

Mientras contemplo a mi fugaz vecino, medito en quién puede tener la culpa de esta creciente afición a las historietas. Y concluyo, como siempre en responsabilizar de esta crisis a la escuela y el colegio, en donde nunca se nos enseñó a leer. ¿Por qué? Primero porque con un criterio absurdo se obliga al alumno a iniciarse en este placer (porque placer, y de los mejores, lo es) por ese género que su sola mención hace bostezar a los adolescentes: los clásicos. Yo mismo aprendí a amarlos luego que hube abandonado las aulas, pues —a pesar de mi vocación— me costó bastante trabajo leer "La Ilíada" en horribles alejandrinos españoles o "Hamlet" en la grandilocuente versión del siglo XVIII o XIX. Así es como la Historia Literaria se convierte en una prematura tortura del escolar, en vez de constituir el sedante y el gozo que debe ser. Contra el empeño de leer, como quien deglute penosamente, "Los Trabajos de Persiles y Sigismunda" o "La Galatea", el estudiante, primero, y el ciudadano, después, prefieren mirar la invasión de la Luna o Marte por los cándidos héroes de las aventuras gráficas.

Del folletín pasional, el lector popular pasó a la novela policial. De la novela policial ha caído —no sin antes dar tumbos por los relatos de "cowboys" a lo Finemore Cooper— a la literatura interplanetaria. Aquello y esto está siendo sometido ahora al alambique de la historieta dibujada, con diálogos precarios, sin objeto ni sentido. A ella están entregados hombres y mujeres, gentes que eligen gobernantes, que son padres y madres de familia, que guían a sus hijos y los forman, que son funcionarios o jefes, que opinan sobre la economía y el arte, que constituyen, en suma, la nación activa, subsumidos todos o casi todos por este invento con el cual nada se suscita y que, en cambio, les adormece esa parte del ser por medio de la cual, prodigiosamente, el habitante de la tierra se hizo, siglo tras siglo, un rey. ¿Hemos acaso comenzado a perder esa corona? Tal vez el hecho que comprobamos sea un síntoma de ello.